

hubo punto ni posición que no fuese elocuente testimonio de nuestro triunfo <sup>1</sup>.

Retirado ya el enemigo, y avanzada la hora, dispuso el General en jefe que las tropas del tercer cuerpo fuesen á acampar en las últimas posiciones, sobre el llano, reconcentrándose las del segundo en las alturas que habían dejado á su espalda.

La vista dominaba desde allí todo el fértil valle de Tetuan; parte de la ciudad asomando, como tímida sultana, por entre dos suaves colinas; á la derecha, y á cosa de una legua, el mar; en sus playas el solitario *Fuerte Martin*; más arriba, en la orilla del río de este nombre, ó *Guad-el-Jelú*, la *Aduana*; por la otra parte Sierra-Bermeja y demás montañas, cubiertas de espesos bosques y pobladas sus faldas de caseríos deliciosos; en el llano, ríos y lagunas, huertas y cercados, arbolados y espesos cañaverales; y á lo lejos, la costa septentrional de Africa hasta los confines de la Argelia, y por el Sur el gigantesco monte Atlas, envuelto en un alquicel de blanquísima nieve.

A las cinco de la tarde comenzó á llover; y las tropas, que habían pasado todo el día combatiendo, se vieron expuestas á las inclemencias del cielo cuando esperaban entregarse al descanso; pues aun no habían llegado la mayor parte de los equipajes: faltaba, entre ellos, el del general PRIM, que hubo de pasar la noche envuelto en una manta mojada que le prestó un soldado.

Afortunadamente cedió luego el mal tiempo; y habiendo abundancia de leña, encendiéronse multitud de hogueras, que aparecían escalonadas desde la orilla del mar hasta las cumbres de la montaña. Magnífico debía ser el espectáculo de aquellas luminarias, vistas de lejos; pero, ¡con cuánto terror y odio las mirarian los consternados habitantes de Tetuan, que veían en ellas la presencia de un enemigo extranjero y vencedor!....

<sup>1</sup> Nótase en esta parte, fechado el día 15 de Enero en las llanuras de Tetuan, la complacencia que el general PRIM sentía al referir los hechos acaecidos, y al relatar los méritos, así de los cuerpos, como de los generales, jefes y oficiales que más se habían distinguido. Antes de hacer una larga enumeración de personas, decía: «Permitame V. E. que le manifieste lo altamente complacido que bajo todos conceptos he quedado de cuantos individuos componen este cuerpo de ejército, digno émulo y aun justo competidor del más bravo. El soldado, con una pesada carga, llevando encima la ración de seis días y venciendo la escabrosidad de un terreno fragoso, conservó su fortaleza y su arrojo en la lucha: los jefes y oficiales fueron ejemplo patente de valor é intrepidez: los generales han demostrado su pericia é inteligencia: todos trabajaron de consuno; todas las armas é institutos tomaron parte y recogieron su hoja de laurel; á todos alcanzó el triunfo, á mí la suerte de mandarlos y admirarlos.»

El General en jefe, por su parte, dijo al Gobierno:

«De prolijo pecaría si enumerara los hechos de valor que tuvieron lugar en este día: algunos he recompensado sobre el campo de batalla, y de otros me prometo elevarlos á conocimiento de S. M. para su soberana resolución. No obstante, la justicia exige que nombre y coloque en primer lugar al teniente general Conde de Reus, que desplegó durante todo el día tanta inteligencia en dirigir los ataques, como energía en llevarlos á cabo.»

## CAPÍTULO VII.

De Tetuan á Wad-Ras.

---

SUMARIO.—Llegada de refuerzos al ejército de Africa.—Campamentos en el llano de Tetuan.—Nuevos combates.—Los voluntarios catalanes: cómo fueron recibidos por el general PRIM: episodios.—Batalla y toma de Tetuan.—Entusiasmo que producen estos acontecimientos en España.—Manifestaciones en obsequio del Conde de Reus.—Negociaciones de paz frustradas.—Rompimiento de las hostilidades.—Combate de Samsa.—Batalla de Wad-Ras.—Fin de la guerra y sus consecuencias.

### I.

El ejército español permaneció todo el día 15 de Enero en las mismas posiciones que habia ocupado al anochechar del anterior. Durante aquel día y la noche siguiente, los moros plantaron multitud de tiendas de campaña en la falda de Sierra-Bermeja.

Serian las cinco de la mañana del día 16, cuando se mandó batir tiendas en nuestro campo: á la luz de las hogueras se hicieron apresuradamente los equipajes, y poco despues iban marchando á lo largo de Cabo Negro, hácia la orilla del mar, en tanto que las tropas se disponian para seguir el mismo camino.

En cuanto amaneció vióse que los moros habian aprovechado la noche, ocupando con sus campamentos todas las alturas que rodean á Tetuan: al parecer habian recibido nuevos refuerzos. Tambien nuestras tropas los esperaban, ó por mejor decir, tenian ya ocho batallones de refresco, que al mando del general D. Diego de los Rios, se encontraban á bordo de la escuadra en la ensenada de Cabo Negro.

A las siete y media de la mañana dobló el cabo una lancha cañonera, entrando en la bahía de Tetuan: en seguida fueron apareciendo unos y tras otros hasta cien buques de todas clases y dimensiones, dando una extraordinaria animacion á aquella rada, casi siempre desierta. Un cañonazo anunció su presencia, despues de lo

cual fueron desapareciendo á la vista, primero los buques, luego la costa, y por último, todo el llano y las montañas, bajo una espesa niebla que se levantaba del mar.

En medio de aquel caos resonaron otros cuantos cañonazos más, que alarmaron al ejército; pero el fuego no continuó: procedían aquellos tiros de nuestra escuadra, y habian sido dirigidos á los fuertes y baterías de la costa. No siendo contestados, el comandante general de las fuerzas navales, D. José María de Bustillo, mandó saltar en tierra cien hombres de tropa y marinería, que á las órdenes del capitán de fragata D. José Polo Bernabé, se apoderaron de los abandonados fuertes, plantando sobre uno de sus torreones el pabellon de España.

En seguida, el mismo general de marina pasó á una canoa, y subió por la ria hasta Fuerte Martin, en tanto que comenzaba el desembarco de la division Rios.

Para proteger estas operaciones, el General en jefe habia hecho descender al llano el segundo regimiento de artillería montada, con sus doce piezas rayadas, y cuatro batallones de la primera brigada de la division de reserva, á las órdenes del general Rubin de Celis, disponiendo que la caballería formara en dos líneas á retaguardia de estas fuerzas, las cuales avanzaron hasta el centro de la llanura.

Serian las diez y media de la mañana cuando se despejó completamente la atmósfera, y resonaron las músicas de la division que acababa de pisar el suelo africano<sup>1</sup>. Todo era movimiento y vida en aquellas playas, poco antes desiertas y silenciosas: mientras se desembarcaban los pertrechos pertenecientes á las fuerzas recién llegadas, y víveres para el ejército, las lanchas cañoneras, los cruceros y los guarda-costas surcaban las aguas de la ria entre Fuerte Martin y la Aduana.

Los moros que, miéntras duró la niebla, no se habian atrevido á salir de su campamento, empezaron luego á tomar una actitud amenazadora, descendiendo en grandes grupos de todas las colinas inmediatas á una torre llamada *Jeleli*, que domina á Tetuan y avanzando hácia la llanura, donde permanecian formadas las fuerzas que hizo destacar anteriormente el general O'Donnell. Los cuerpos segundo y tercero de nuestro ejército, que aun permanecian en las alturas, miraban con orgullo aquellas tropas, que á seis mil hombres no llegaban, desafiando en campo abierto á todo el ejército marroquí. Este se componia de unos ocho mil ginetes y de

<sup>1</sup> Componian esta division, fuerte de unos seis mil hombres, el regimiento infantería de Zaragoza, el segundo batallon del de África, uno de Iberia, el segundo de Soria, el primero de Bailen, los provinciales de Orense y Málaga, y un escuadron de Farnesio con ciento veinte caballos.

doce á catorce mil infantes, mezclados unos con otros, que se extendian en semicírculo desde las faldas de Sierra-Bermeja hasta las orillas del Martin: en esta disposicion se detuvieron á larga distancia, como esperando que los nuestros intentasen un ataque contra Tetuan, para reconcentrar sus legiones y envolverlos.

Pero no era este el propósito del general O'Donnell, sino el de probar á los moros la superioridad de sus armas en campo abierto; y al efecto, habiéndose colocado en una colina á la cabeza de los cuerpos segundo y tercero, mandó avanzar á los del llano en busca del enemigo.

Adelantáronse los nuestros ordenada y tranquilamente cosa de un cuarto de legua, marchando la infantería en columnas, á retaguardia la caballería en dos líneas de batalla, y la artillería en el centro. El General en jefe mandó hacer alto, y esperó los movimientos de los marroquíes, que no tardaron en acudir al reto, destacándose de su largo frente grandes masas de infantería y caballería, dando feroces alaridos y blandiendo las espingardas sobre sus cabezas. De trecho en trecho se detenian, dando tiempo á que los de las alas avanzasen para formar la media luna. Los nuestros entre tanto permanecian firmes sin hacer fuego, hasta tenerlos á tiro de la carabina. Entónces se abrieron sus filas, dejando descubiertas las doce piezas de artillería, cuyas continuas descargas, manteniendo constantemente una lluvia de granadas en el aire, no sólo llevaron el estrago á las falanjas agarenas, sino que alcanzaron á incendiar una parte de su campamento.

Entre tanto nuestros cazadores se desplegaban en guerrilla por el centro; dos escuadrones de caballería se lanzaban por la derecha, tratando de envolver un ala de la infantería marroquí, y los restantes avanzaban lentamente por la izquierda, á fin de cortar la retirada á los que se adelantasen demasiado por aquel flanco. Pero los moros no dieron tiempo á la ejecucion de estas operaciones; pues cual si todos fuesen movidos por un resorte, volvieron repentinamente las espaldas, y huyeron de la manera más desordenada y vergonzosa que imaginarse puede, refugiándose unos en las colinas de nuestro frente, dirigiéndose otros hácia Tetuan, y otros, en fin, retrocediendo por el llano hácia las faldas de Sierra-Bermeja. Nuestras tropas no tuvieron aquel dia ni un sólo herido.

Eran las tres de la tarde cuando terminó aquella batida, que no pudo llamarse combate, y ya los equipajes y las tiendas se hallaban en la playa, con el objeto de que el ejército pasase allí la noche acampado; pero se echó de ver que era imposible conducir á dicho punto la artillería, por impedirlo varios pantanos, que segun

se vió despues, cubrian mucha parte de la llanura, y hubo que desistir de la marcha hasta tanto que se construyese algun puente.

Por fin, el dia 18 pudo acampar el ejército entre la orilla del mar y la Aduana, quedando las fuerzas escalonadas en esta forma: la division Rios, en las inmediaciones de aquel edificio; á su derecha el tercer cuerpo, y algo más á vanguardia de este lado la division de reserva, en un punto donde comenzó á construirse un reducto, que por su forma se llamó de la *Estrella*; detrás, la caballería y los parques; el cuartel general se situó en Fuerte-Martin, y á su derecha junto al mar el segundo cuerpo, que continuaba mandando el Conde de Reus.

De este modo, los campamentos españoles quedaban defendidos, á retaguardia por el mar; al flanco derecho por la artillería; al izquierdo por el Rio Martin, y á vanguardia por la Aduana, por las trincheras que debia construir el tercer cuerpo, y por el reducto de la Estrella, destinado á proteger la comunicacion entre la escuadra y el ejército, el dia que este avanzase hácia Tetuan.

Mientras se ejecutaban las obras de atrincheramiento y fortificacion, y se desembarcaban víveres para mucho tiempo, municiones en abundancia, tren de sitio y toda clase de pertrechos militares, el Estado mayor general, reconocia el valle, que debia ser teatro de las futuras operaciones del ejército. Desde luego se descubrió un ancho camino empedrado, que desde la costa debia conducir á la puerta Sud-este de Tetuan. Reconociendo esta especie de calzada, el general García la encontró interrumpida por unas praderas extensas y lozanas, encharcadas casi todas; pero con tal disimulo, que no se echaba de ver hasta que los caballos se atascaban en ellas. Vencido este obstáculo, fué posible llegar á una planicie algo elevada, distante de Tetuan cosa de una legua, desde donde se descubria toda la llanura, surcada por tres rios: el de la *Juderia*, que bajaba con curso lento y caudal escaso por la derecha, y desembocaba en el mar; el *Alcántara*, tributario del Martin ó *Guad-el-Jelú* (rio Dulce), y este, el más caudaloso de todos, que limitaba el llano por la extrema izquierda. Entre los rios Martin y Alcántara, se veian grandes lagunas y campos pantanosos, cubiertos de altos juncos y espadañas, que en largos trechos hacian el terreno de todo punto intransitable. Creyóse que los marroquíes habian inundado el valle para embarazar el paso á nuestro ejército. El campamento moro se hallaba al frente y al otro lado de los pantanos, escalonándose en una suave pendiente, que declinaba al Sur hácia la ciudad, distante de él un cuarto de legua.

Miéntras el Estado mayor general reconocia la naturaleza del terreno , y la disposición de los campamentos enemigos, retumbaron en estos ocho ó diez detonaciones sucesivas , y otras tantas balas de cañon vinieron zumbando á hundirse en el suelo , cerca de los piés de los caballos. Los marroquíes tenian cañones.

Transcurrieron algunos dias sin novedad. Al amanecer del 23 de Enero , el estruendo de la artillería despertó al ejército español: aquellos cañonazos eran salvas que se hacian en celebridad del dia del Príncipe de Asturias. A las nueve de la mañana comenzó á observarse que los moros , enardecidos quizá por el tronar de nuestros cañones , ó recelando que intentásemos atacarles , hacian preparativos de combate : grandes masas de caballería y de infantería estaban inmóviles delante de sus campamentos bajos , y al mismo tiempo se deslizaban por los montes circunvecinos largas y apretadas hileras de enemigos.

El general O'Donnell montó á caballo , y seguido de cuarenta ó cincuenta jefes , oficiales y agregados , y de su escolta de carabineros y guardias civiles , atravesó todos los campamentos , dictando al paso órdenes preventivas , y se dirigió al reducto de la Estrella , cuyas obras , bastante adelantadas , protegian algunas fuerzas de todas armas , al mando del brigadier Villate.

Más de una hora permaneció allí el General en jefe , observando las intenciones del enemigo; pero este no se movió del pié de sus trincheras , como si esperase una acometida de nuestra parte. Pero apenas habia vuelto el General á su tienda , cuando recibió parte de que los moros avanzaban. Serian las doce del dia , y el tiempo era hermosísimo. Inmediatamente partió el Conde de Lucena , ordenando que le siguiese el tercer cuerpo de ejército , la division de caballería y dos escuadrones de artillería de á pié , y disponiendo que el general Rios adelantase algunos batallones por la izquierda , para protegerla en caso necesario.

Al llegar O'Donnell al reducto en construccion , ya se encontraba á tiro de fusil la infantería marroquí , miéntras que su caballería , más copiosa y regular que nunca , descendía por la derecha , rebasando el frente de nuestro campo y amenazando por aquella parte y por el llano , si bien desde las opuestas orillas de los rios de la Juderia y Alcántara

En tanto que llegaba nuestra infantería , el Conde de Lucena mandó avanzar por el flanco derecho al general García , con doscientos caballos y algunas guerrillas de cazadores , que se desplegaron al márgen de los pantanos : sus certeros tiros , y una carga dada por la caballería , obligaron á los moros á retirarse. Condensóse , pues ,

hacia nuestro frente, en tanto que nuevas fuerzas, bajando del lado de Tetuan, amenazaban acometer por la izquierda: en un instante cambió por completo la mútua disposicion de los combatientes.

Tronó entonces nuestra artillería, y en breve quedó el frente despejado de enemigos; pero no sin que estos, valientes y animosos, volviesen á presentarse dos ó tres veces en el mismo lugar que regaban con su sangre, blandiendo las armas y haciendo fuego; mostrándose por algunos momentos, y desapareciendo como sombras. Por sus trajes vistosos y de varios colores y formas, conociase que habia entre ellos tropas regulares recién llegadas: unos vestian alquiceles azules y casquetes rojos; otros, largos ropones colorados; muchos llevaban jaiques pardos, y no pocos llamaban la atencion por sus voluminosos turbantes y sus anchos calzones verdes y amarillos.

Rechazados al fin por la derecha y el centro, pareció que los moros se replegaban en completa dispersion hacia su campo; pero de pronto se les vió rehacerse en la llanura con pasmosa movilidad, y dirigirse á la izquierda.

El general Rios, cumpliendo con las órdenes recibidas, habia destacado sus fuerzas por aquella parte: impulsada por el anhelo de distinguirse, una guerrilla cometió la imprudencia de lanzarse en persecucion del enemigo, atravesando una ancha laguna. Los marroquies, que vieron aquel puñado de valientes separados de sus compañeros, se precipitaron sobre ellos, decididos á exterminarlos. Entónces el general Rios tuvo que acudir en su auxilio, poniéndose al efecto á la cabeza de un batallon del regimiento de Cantábria, que á paso de carga atravesó tambien la laguna, quedando por consiguiente separado de la línea de batalla. Tal era el motivo porque los moros se corrian velozmente hacia la izquierda.

El batallon de Cantábria se vió cercado por millares de enemigos, que acudian en tropel de todas partes: su situacion era sumamente crítica. El General en jefe dispuso inmediatamente que salieran á escape por la derecha los dos escuadrones de lanceros de Farnesio, con una seccion del regimiento de Albuera y los carabineros y guardia civiles de caballería que componian su propia escolta, en tanto que las fuerzas restantes de la division comprometida, las del tercer cuerpo de ejército y la artillería debian marchar de frente, atravesando los pantanos y venciendo cuantos obstáculos se les presentasen.

Impetuosas como una tromba se lanzaron todas aquellas fuerzas por la llanura, al toque de ataque, repetido por las cornetas de todos los batallones. El general en



jefe con su cuartel general marchaba al frente de la infantería. Los soldados sumergidos en agua cenagosa hasta la cintura, con la bayoneta calada y haciendo fuego al enemigo, avanzaban gritando: ¡Adelante! ¡A ellos!

Así llegaron á la opuesta orilla, en tanto que la artillería cruzaba al trote los pantanos, con el agua hasta los cubos de las ruedas; las mulas braceaban en el fango sin encontrar un fondo en que apoyarse; pero enardecidas por los gritos y estimuladas por el látigo de los artilleros, cruzaron al fin la laguna, pasando todas las piezas milagrosamente sin que volcase una sola.

Ya la infantería estaba formada en terreno firme; ya la caballería cargaba al enemigo por la derecha; ya la artillería se preparaba á vomitar torrentes de metralla: pero entre tanto habian transcurrido diez ó doce minutos. ¿Qué habia pasado en este tiempo?

El batallon de Cantábria, viéndose amenazado por la innumerable caballería marroquí, habia formado el cuadro. El general Rios, encerrado dentro de él con su E. M., resistia vigorosamente las acometidas de los millares de ginetes moros, que venian á estrellarse contra las murallas de fuego y hierro, formadas por aquella fortaleza viviente. Los que osaban acercarse, caian atravesados por las bayonetas ó destrozados por el plomo.

Entre tanto llegaban nuestros escuadrones; y arrollando las numerosas huestes de los moros, los obligaron á separarse del batallon de Cantábria y los llevaron en las puntas de sus lanzas hasta el pié mismo de sus campamentos, dejando el llano cubierto de cadáveres. Las demás fuerzas avanzaron por el centro, hasta tomar posesion de todo el campo que poco antes ocupaban los enemigos. Las tropas ardian en deseos de combatir hasta apoderarse de las tiendas de los marroquíes, que se veian á tiro de cañon; pero eran ya las cuatro de la tarde, y el general O'Donnell ordenó que se emprendiese la retirada.

Los cuerpos volvieron á pasar las lagunas, y al anochecer llegaron sin novedad á sus respectivos campamentos, cerrando la marcha la artillería, despues de haber hecho algunos disparos de granada, que no fueron contestados.

En las brillantes cargas dadas por nuestra caballería, un lancero se apoderó de un estandarte de los moros, que fué regalado al Príncipe de Asturias. Tambien se distinguió el Conde de Eu, hijo del duque de Nemours, jóven de unos 17 años, que se habia incorporado al cuartel general de nuestro ejército dos dias antes. El Conde de Lucena, que habia presenciado su comportamiento, le llamó, y sobre el

campo mismo de batalla le entregó la honrosa insignia de la orden militar de San Fernando.

## II.

Sin ningun incidente notable se pasó el día 24 de Enero. Estaban terminadas las obras de fortificación de la Aduana, y se habian desembarcado víveres para veinte días.

Al amanecer del 25 presentáronse los moros en considerable número, haciendo fuego casi al pié de nuestras trincheras. Miéntras cundia la alarma en el campamento y las tropas ocupaban sus respectivos puestos, un batallon de cazadores cargó denodadamente á la bayoneta, bastando esto para dispersar al enemigo. Unos cincuenta marroquíes quedaron cortados entre el mar y la montaña, y acometidos hasta dentro del agua por nuestros soldados, trabóse allí una terrible lucha cuerpo á cuerpo, en la que los africanos prefirieron morir á rendirse. Dos no más cayeron prisioneros, y por ellos se supo que en su ejército cundia el desaliento y escaseaban extraordinariamente los víveres.

A las dos de la tarde del día siguiente se oyeron nutridas descargas en el campamento enemigo, y á poco algunos cañonazos en la alcazaba de Tetuan, viéndose ondear sobre el gran minarete de la ciudad una bandera blanca y un extenso gallardete amarillo. Sorprendió mucho á nuestras tropas esta novedad, y más cuando advirtieron que aparecian algunas figuras humanas en las murallas y azoteas; pues hasta entonces habian creido que Tetuan estaba desierta. Dábanse todos á discurrir, pensando unos si los marroquíes se habrian declarado en rebelion; otros, si celebrarían alguna fiesta, y otros más acertadamente pensaban, que habria llegado algun gran personaje á su campo. En efecto, pronto se supo que aquellas salvas tenian por objeto saludar la llegada del príncipe Muley-Hamet, hermano de Muley-el-Abbas, con un refuerzo de ocho mil hombres y provisiones de refresco.

Fuese por esta causa, ó por ser viernes, día festivo entre los moros, el 27 viéronse ondear banderas sobre todas las mezquitas de Tetuan. En el campamento marroquí trabajábase sin descanso, habiendo más de mil hombres ocupados en abrir fosos, levantar parapetos, y conduciendo ramaje, pitas, piedras y cuanto podia servirles para fortificarse.

Al amanecer del 28 hubo una ligera alarma. Los moros intentaron destruir las obras del reducto de la Estrella, creyéndole desguarnecido; pero viendo que los recibían á balazos, huyeron precipitadamente.

Aquel día llegó el tren de sitio en un vapor de poco calado, que pudo remontar la ría llegando hasta el pié de la Aduana: era la primera vez que un buque de vapor surcaba las aguas del Martín. Además del tren de sitio, se desembarcaron catorce mil metros de rails para la construcción de un tranvía desde la playa hasta Tetuan. Habíase ya establecido un telégrafo eléctrico entre Fuerte Martín y la Duana. De este modo, al mismo tiempo que nuestro ejército vengaba en Africa los ultrajes hechos al honor nacional, introducía en aquel país bárbaro y estacionario los últimos adelantos de la civilización.

Entre tanto habían acudido á nuestro campamento multitud de oficiales extranjeros de diversas naciones, comisionados unos para estudiar la campaña, y otros atraídos por afición ó curiosidad. También llegaron muchas personas procedentes de Gibraltar, y entre ellas el Obispo católico, Sr. Escandella, que montó el caballo del general PRIM. Todos fueron finamente obsequiados por nuestros generales y oficiales; y después de haber visto detenidamente el campamento, y admirando el estado brillante de las tropas, regresaron sumamente complacidos á sus hogares, embarcándose el día 28.

Aquella misma tarde llegó al valle de Tetuan el general Zavala, si no restablecido, bastante aliviado de la enfermedad que le había detenido veintisiete días en Ceuta, y deseoso de compartir con sus compañeros las fatigas y las glorias de la campaña. Engañábase, sin duda, su corazón animoso: desde luego quedó acordado que volviese á tomar el mando del segundo cuerpo de ejército, debiendo formarse con la división Ríos y la de reserva un cuarto cuerpo á las órdenes del general PRIM. Este se despidió el 29 de las tropas que interinamente había mandado, dirigiéndoles la siguiente alocución:

“Soldados del segundo cuerpo: Vuestro digno comandante general en jefe, Conde de Paredes, vuelve á ponerse á vuestro frente. Yo me separo de vosotros para mi nuevo destino, lleno de orgullo de haber tenido ocasión en que apreciar vuestro valor y brio.—Las jornadas del 8, 10, 12 y 14 del actual os dan derecho á contaros entre los bravos de los bravos. Ellas dejan en mi ánimo la lisonjera impresión que produce el cumplimiento del deber en aras de la gloria de la patria.

“Juntos combatimos, juntos nos hallamos y juntos nos veremos aún en el campo

de batalla, llevando adelante, siempre victoriosa, nuestra noble bandera. ¡El minarete de Tetuan la aguarda!... ¡Allí de nosotros por Castilla y nuestra Reina!—*El conde de Reus.*„

Poco duró esta separacion. Al siguiente dia, 30 de Enero, el general Zavala tuvo que renunciar definitivamente á proseguir la campaña: mal restablecido de su enfermedad, sufrió una peligrosa recaída, que le obligó á embarcarse para la Península. Entónces fué conferido al general PRIM el mando en propiedad del segundo cuerpo.

Aquel dia recibió nuestro ejército una importante y rara visita, que fué objeto de muchos y curiosos comentarios, hasta entre las clases de tropa. El general inglés, Mister Codrington, gobernador de Gibraltar, acompañado de diez oficiales, pertenecientes á cuerpos facultativos, llegó por la mañana en un vapor á la embocadura de la ría, y pidió permiso al general O'Donnell para desembarcar y recorrer nuestro campamento. El Conde de Lucena le contestó enviándole doce caballos ensillados, para él y su comitiva, y una escolta de guardias civiles.

Mister Codrington y su séquito pasaron en seguida á visitar al general O'Donnell, que les recibió cortesmente, y dispuso que les acompañase en clase de intérprete el brigadier Gurrea. Nada le quedó por ver y examinar al curioso Gobernador de Gibraltar, que hizo grandes elogios del aspecto marcial y aguerrido de nuestras tropas, y sobre todo, quedó admirado del magnífico tren de sitio, compuesto de más de setenta piezas, que se estaban montando, y que por confesion propia y de sus oficiales, era el más completo, bien acondicionado y lujoso que pudiera presentarse: como que algunas de las cureñas eran de caoba...

Iban ya transcurridos siete dias sin que acaeciese ningun combate serio, y durante este tiempo, solo algun amago nocturno, alguna algarada inocente ó tentativa infructuosa por parte de los moros habia turbado de vez en cuando la quietud de nuestras posiciones avanzadas. Pero, entre tanto, habíase desplegado la mayor actividad en los preparativos bélicos, y ambos ejércitos presentian que estaba cercano el momento de un choque formidable y decisivo. Los marroquíes tenian ya terminadas sus obras de atrincheramiento y defensa; y envalentonados con los nuevos refuerzos que acaban de recibir, así de tropas como de víveres y municiones, ardian en impaciencia por acometer á los españoles, con la esperanza de vencerlos. Con más seguridad y no menos ardimiento aguardaban nuestras tropas la orden de avanzar contra el campamento enemigo y marchar resueltamente sobre Tetuan.

El 31 de Enero amaneció despejado y claro: era un hermoso *dia de moros*, como solian decir nuestros soldados. Apenas comenzó á calentar el Sol, desvaneciéndose la húmeda neblina de la mañana, observóse que el ejército marroquí estaba en movimiento. Los dos príncipes hermanos, Muley-el-Abbas y Muley-Hamet, habian salido de sus tiendas, proponiéndose ir á dormir aquella noche en las españolas; y puestos al frente de diez y seis mil infantes y once mil caballos, resolvieron atacar á nuestro campamento por tres distintas líneas de batalla.

El mayor número de las fuerzas enemigas, mandadas por Muley-el-Abbas y apoyadas en la torre de Jelelí, avanzó por la derecha, extendiéndose hácia la playa, y dejando á retaguardia cuantiosas reservas, escondidas en las ondulaciones de Sierra Bermeja. Muley-Hamet, con unos seis mil infantes y dos mil caballos, se corrió por la izquierda, apoyándose en las huertas de Tetuan, y descendiendo hasta las orillas del Guad-el-Jelú. Otras masas de infantería y caballería ocupaban el centro, apoyadas en sus trincheras, y dispuestas á operar en combinacion con las alas.

El general O'Donnell adivinó de una ojeada las intenciones del enemigo, y se dispuso á rechazarle. A este fin, encargó al general Rios que sostuviera el flanco izquierdo con sus batallones, un escuadron de Villaviciosa y una bateria de montaña, cuya órden fué al punto ejecutada, escalonando en masas estas fuerzas, y rompiendo en el acto el fuego de guerrillas contra las avanzadas marroquíes.

Al mismo tiempo, la division de caballería, al mando del general Alcalá Galiano, formó en dos líneas de batalla, y avanzando oblicuamente por la derecha, partió á cerrar el paso á los ginetes árabes, á fin de obligarles á retroceder, ó dejarlos cortados entre la sierra y el mar. Los moros comprendieron el peligro que corrian, y sin dar tiempo á la llegada de nuestra caballería, se replegaron aceleradamente hácia el centro. La muchedumbre de enemigos que se aglomeró entonces en aquella parte ofrecia un espectáculo vistoso é imponente.

Ya el tercer cuerpo ocupaba la línea del frente, llevando de reserva seis baterías. El segundo, al mando del general PRIM, formó á retaguardia, sobre la derecha del campamento, con la órden de avanzar en cuanto fuese necesario. La caballería se replegó al reducto de la Estrella.

Eran las diez de la mañana cuando la division Rios rompió el fuego por la izquierda, é inmediatamente se generalizó en ambas líneas, por la derecha y por el centro. Al estruendo de la fusilería, siguió en breve el fragor imponente de la artillería, y los gritos agudos de los moros y las roncadas voces de mando